

Capítulo 395

No Hay Poder Como El Poder Divino

Sorprendentemente, Valerica fue quien completó primero su ascensión; y por eso su pilar fue el primero en morir.

Su apariencia desnuda sólo fue vista brevemente por Abaddon, antes de que ropas hechas con llamas hipnóticas la cubrieran.

Este también fue el día en que se enteró del pequeño tatuaje que tenía en la parte baja de la espalda.

Valerica nunca había sido fea en toda su vida, pero ahora era absolutamente arrebatadora.

Su largo cabello carmesí recorría todo su cuerpo, hasta llegar a sus pies, y parecía estar hecho literalmente de nubes.

La armadura roja que llevaba había desaparecido por completo; reemplazada únicamente por un simple par de pantalones blancos y una camiseta roja sin mangas.

Ella exhaló y sus labios carnosos se curvaron hacia arriba, en una sonrisa satisfecha; claramente eufórica por el nuevo poder que corría a través de ella.

Mirando por encima del hombro, le dio a Abaddon un guiño coqueto, que contenía una ligereza dentro de su espíritu, que él no había visto antes en ella.

Y evidentemente su hija tampoco.

Mira le miró con sospecha.

"...No me mires, Mira, sólo come tus galletas".

"Está bien..." Ella estuvo de acuerdo.

Valerica se rió del pequeño problema que había causado y temporalmente hipnotizó a todos los hombres en los alrededores.

"¡TÚ!"

Efraín dejó escapar un rugido impío, mientras señalaba con un dedo blanco y carnoso al dragón que estaba sentado con su hija en su regazo.

"...?" Abaddon miró de un lado a otro, antes de señalarse a sí mismo, para asegurarse de que Ephraim no estuviera hablando de otra persona.



"¡Tú eres quien reclama mis cosas! ¡Cenaré tu carne durante nuestra noche de consumación!"

"..." Abaddon mordió otra galleta de mantequilla de maní, antes de hacerle un gesto de desaprobación al gran gigante con una mirada seca.

"¡¡RAAAHH!!"

El Nephilim se abalanzó hacia adelante con su gran kanabo en la mano, que ya estaba empezando a acumular una asombrosa cantidad de poder divino.

—Tienes cinco minutos —dijo Abaddon secamente.

-Sólo necesito tres-respondió Valerica.

La diosa fénix comenzó a correr directamente hacia Efraín; sin miedo a la enorme diferencia de tamaño entre los dos.

"¡FUERA DE MI CAMINO!"

El Nephilim blandió la maza de púas en sus manos, con suficiente fuerza como para demoler varios bloques de la ciudad, decidido a sacar a Valerica de su camino para poder destruir aquello a lo que ella afirmaba pertenecer.

Sin embargo, nunca esperó que ella se volviera mucho más fuerte después de ascender.

Esa, de quien estaba abusando con tanta facilidad antes, en realidad no había lanzado más que un solo golpe para contrarrestar su enorme arma con púas.

¡¡BUUUUUUUUUMMMMMM!!!

Una onda de choque devastadora se extendió desde la fuerza detrás de la colisión, y Abaddon levantó una barrera de inframundo para protegerse, a él y a Mira.

Sin embargo, casi todo lo que no estaba protegido por la gracia de la barrera, fue derribado o lanzado por los aires.

Sorprendentemente, Efraín también fue enviado patinando hacia atrás unos cuantos metros, con su arma de la que estaba tan orgulloso completamente rota.

"¿Q-Qué..?! ¡Tú..-!"

-Ya basta, hijo.

De la nada, Samyaza apareció y colocó una mano sobre el enorme hombro de su hijo primogénito.

"¿Padre?"





"El poder divino se otorga únicamente a unos pocos mortales selectos que están destinados a ser los faros brillantes de su raza. Pero no funciona contra los dioses que ya han ascendido. Ella está fuera de tus capacidades ahora".

"¡Pero la quiero!"

"Te la traeré. Pero primero debes..."

De la nada, Valerica apareció directamente entre Samyaza y Ephraim con solo una ráfaga de viento anunciando su llegada.

Con una patada giratoria en la mandíbula, envió a Samyaza rodando, antes de que pudiera siquiera reaccionar.

Sin disminuir su impulso, golpeó al enorme nefilim en la mandíbula y lo derribó limpiamente, quitándole más de unos pocos dientes en el proceso.

El gigante cayó de espaldas con fuerza, dejando escapar gritos de dolor morbosamente lastimosos, mientras se agarraba la cara con dolor.

—No te quejes —dijo Valerica con frialdad—. Todavía tengo dos minutos y treinta segundos.

En su mano, produjo una pequeña chispa de llamas de arco iris que cobraron vida y las arrojó al aire, sobre su cabeza.

La llama se hizo cada vez más grande, hasta que un sol en miniatura apareció en el cielo.

De este sol surgieron aves fénix de múltiples colores diferentes, como un arco iris, cada una de las cuales se lanzó hacia Efraín, mientras chillaban como pájaros demoníacos.

Elevaron al gigante al cielo contra su propia voluntad.

De vez en cuando se liberaba de su agarre y trataba de aplastarles la cabeza con una pierna o un brazo, pero como estas criaturas estaban hechas de fuego, simplemente se regeneraban instantáneamente y lo atrapaban de nuevo.

¡Y sus llamas eran calientes!

¡Antes no eran nada, pero ahora podía sentir su piel literalmente burbujear con cada segundo que estaba expuesto!

Los pájaros llevaron a Efraín cada vez más alto en el cielo, a pesar de sus continuas protestas para que lo bajaran.

En el suelo, Valerica extendió su mano para que su yari volviera a su agarre y le dio algunos giros complementarios.





Con el arma en su mano debidamente equilibrada, miró hacia el cielo, a los pájaros que mantenían cautivo a su posesivo pretendiente.

"Traedlo de vuelta."

A petición suya, los fénix cambiaron su rumbo y comenzaron a volar de regreso al suelo tan rápido como lo habían dejado.

Apuntando hacia el cielo, Valerica lanzó su yari, tan rápido y con tanto poder que rompió la barrera del sonido al salir de su mano.

Mientras lo observaba, Abaddon no tuvo más remedio que soltar un silbido de impresión.

"Mach 3... Genial". Incluso con su capacidad de moverse a la velocidad de la luz, era plenamente consciente de lo impresionante que era esta hazaña.

Mientras corría por el aire, la lanza de Valerica se hizo cada vez más grande, a medida que se acercaba al luchador Efraín.

La mente del nefilim ni siquiera era capaz de procesar la realidad de todo lo que estaba sucediendo, por lo que desde su perspectiva estaba mirando al suelo y gritando en un momento, y al siguiente había un arma escandalosamente grande disparándose a través de su boca; cortándolo limpiamente desde la raíz a la boca.

Lo único bueno de su muerte fue, que de tan rápida ni siquiera sintió nada.

Los fénix se dispersaron poco después, dejando caer el cuerpo destrozado del nefilim al suelo, como si fuera basura caliente, sin importarles lo más mínimo.

¡Boom!

En un solo suspiro, Valerica recuperó su arma del cielo y apareció directamente frente a Abaddon, con una sonrisa encantadora en su rostro.

—Entonces, ¿no llegué tarde?

"De ninguna manera. De hecho, terminaste con un minuto de sobra".

"¡Lo hiciste bien, señorita Valerica!" dijo Mira.

La joven le tendió la bolsa, como si estuviera ofreciendo a la diosa fénix la recompensa más codiciada que se pueda imaginar. "¡Te daré una galleta para celebrar!... Pero no una crujiente".

—Entonces, ¿sólo le estás ofreciendo galletas de mi escondite? —preguntó Abaddon.

"Papá, no seas egoísta, ¡ella acaba de hacer algo realmente genial!"



El dragón abrió y cerró la boca como un pez varias veces, antes de quedarse inevitablemente en silencio y resignarse a su destino.

Valerica se volvió a reír melódicamente de los dos; el sonido se volvió cada vez más onírico.

—¡Gracias, Mira! Pero creo que tomaré esto en su lugar.

Usando sus nuevos reflejos rápidos como el rayo, Valerica plantó sus labios firmemente en la mejilla de Abaddon, bajo las miradas estupefactas de todo el campo de batalla. Una vez que ella se apartó, vio una mirada de sorpresa en su rostro también.

En todo el tiempo que lo conocía, nunca había visto sus hipnóticos ojos rojos abrirse tanto como ahora.

Casi le dieron ganas de hacerlo otra vez.

"...Te van a matar", recordó.

"Valdrá la pena."

"Siempre y cuando hayas llegado a un acuerdo, yo me encargaré de tus hijas en tu lugar".

"¡Qué caballeroso de tu parte!"

Darío: '¿Hasta cuándo van a estar sentadas encima...?'

"¡¡EFRAÍMMMMMMMM!!!!!"

En ese momento, dos gritos muy distintos resonaron en todo el campo de batalla.

Mirando hacia el cuerpo arruinado del nefilim, se podía ver a Samyaza y Charlene arrodillados frente a su cadáver y sollozando sin piedad.

De repente, el arcángel miró a Valerica, con ojos rojos como el fuego y la maldijo sin cesar, mientras sollozaba.

"¡Tú, zorra! ¡Ramera! ¡Putas! ¡Te despellejaré viva y colgaré tu maldito cráneo en la lápida de mi hijo!"

"...?" Valerica miró a su alrededor, tal como lo había hecho Abaddon antes de señalarse a sí misma, solo para aclarar.

"¡PERRA! ¡TE ENVIARÉ YO MISMO AL EMBAUCADOR!"

Samyaza se abalanzó sobre Valerica como un cohete, mientras reunía un nivel nuclear de energía dentro de su cuerpo.





Quizás veinte pies antes de alcanzarla, un arma grande salió volando de la nada y se interpuso entre ellos.

"Te tardaste demasiado..." pensó Abaddon, mientras masticaba.

Era una gran hacha de batalla, negra con motas de oro por todo el mango, y una hoja completamente dorada.

Había runas enoquianas blancas escritas a lo largo de la poderosa arma, que hacían que emitiera una sensación aún más opresiva; combinada con una pequeña pero notable sensación de santidad.

Instintivamente, todos miraron hacia la columna violeta en el campo de batalla, que apenas ahora estaba comenzando a apagarse.

Un hombre apareció en el campo visual de todos.

Era muy alto, medía aproximadamente un metro ochenta y ocho, y los cuernos gemelos de oni que sobresalían de su frente lo hacían parecer aún más alto.

Su piel negra, impía e irredimible, se había aclarado drásticamente, volviéndose de un color marrón grisáceo más vivo, que recordaba un poco a un elfo oscuro.

Al igual que su hijo y su segunda hija, ostentaba un físico musculoso, aterradoramente impresionante, que comparado con su anterior cuerpo era como la noche y el día.

Estuvo desnudo sólo por un milisegundo, antes de fabricar ropa con la oscuridad que lo rodeaba.

Una falda ceremonial negra y dorada cubría su mitad inferior, mientras que sus pies estaban cubiertos con sandalias oscuras, que permitían que sus dedos con garras tuvieran espacio para respirar.

Sus antebrazos fueron adornados con brazaletes dorados, mientras mangas negras sueltas recorrían el resto de su brazos.

Una gargantilla del mismo color estaba fijamente atada a su cuello; y unos pendientes peligrosamente similares a los que usaba su hijo colgaban de sus orejas.

Obviamente los hizo lucir mejor, ¿verdad? (No, pero no le digais eso.)

Su largo cabello plateado le llegaba hasta la cintura y ondeaba suavemente con la brisa, como un manojo de seda de araña delicadamente cuidado.

Cuando sus ojos amarillos celestiales se abrieron, sonrió de inmediato, como si supiera que ya no había una sola mancha o imperfección dentro de él.





Si uno tuviera que clasificar el atractivo de todos los hombres, mujeres y monstruos de la creación, fácilmente podría encontrarlo en segundo lugar, detrás de su primogénito.

A falta de mejores alternativas, sólo había una manera de describirlo.

"Yo... Soy... Glorioso."

